

con el rostro de un niño que despierta,  
Atalía, de espanto,  
pidiendo á Dios perdón se quedó muerta:  
y mostrando una cara  
más lívida que un mármol de Carrara,  
cual si fuese una lápida mortuoria,  
su espíritu ve al fin que para ella  
el rayo es una estrella  
que le enseña el camino de la gloria;  
y de este modo la mujer amada,  
á quien llamó su amante un ser maldito,  
por el fuego del rayo iluminada  
fué á tomar posesión de lo infinito.

## VI

Y cuenta el cronicón de una abadía,  
que por su mucho celo  
en juzgar á Atalía,  
perdió el ángel Fidel desde aquel día  
su propia estimación y la del cielo;  
y que más adelante,  
ángel á veces, y demonio á ratos,  
se hizo hipócrita, frío é intolerante,  
y acabó en francmasón de los beatos.

## VII

Y cuando ya á Atalía  
un borbotón de llamas la rodea,  
y la vida futura la atraía  
como atrae el abismo que marea,  
el pobre amante, de tristeza lleno,  
aprendió á perdonar en el Dios bueno;  
y subiendo á los cielos Atalía,  
—¡Qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es Dios!—decía,  
y fué á gozar las dichas del Eterno,  
en vez de ir, por infiel, como temía,  
á enseñar nuevos vicios al infierno.

## POR DÓNDE VIENE LA MUERTE

## I

Te lo vuelvo á decir, y yo no miento,  
¡gloria de los Mac-Crohones!  
Era cual tú, la Eugenia de mi cuento  
una enferma incurable de ilusiones.  
Retrato verdadero  
de tu rostro hechicero,  
mostraba, como tú, con mezcla rara,  
la realidad de lo ideal su cara,  
lo ideal de lo real su cuerpo entero.  
Hermosa niña que también tenía  
ojos azules irisados de oro,  
que juntando al talento la alegría,  
añadía un tesoro á otro tesoro,  
modelo de esos seres ideales  
que abrigan en su propio pensamiento  
tal horror por las cosas materiales,  
que tienen que bajar del firmamento  
para poder hablar con los mortales.  
Raza privilegiada  
de castas soñadoras  
á quienes nunca afligen  
de la vida mortal las tristes horas,  
pues su dicha es soñada,  
y en el sueño que eligen  
siempre hallan el amor que les agrada.  
¡Gloria eterna á ese ejército divino  
de grandes jugadores de ilusiones,  
que exponiendo á menudo su destino  
á la carta ideal de sus visiones,  
alcanzan siempre en su pasión fingida  
una dicha infalible,  
pues si abruma lo real en esta vida,  
lo que nunca nos cansa es lo imposible!

## II

El padre de esta niña, el sabio Prieto,  
doctor en medicina y cirugía,  
amante de lo real, y que discreto,  
como aconseja Horacio, «coge el día»,



cree que el alma, si existe, está vencida  
por la ley de las fuerzas naturales,  
y que no hay más criterios en la vida  
que los cinco sentidos corporales;  
que el contento moral, más que un contento,  
es de la pobre humanidad martirio,  
y que el alma es el sueño de un delirio,  
y el fruto de este sueño el pensamiento.  
Es claro que, al decir que es nuestra mente  
la fuerza de la vida transformada,  
cree en muy poco, ó más bien, cree solamente  
en el dios Pan, el Todo, esto es, la Nada.  
Teniendo por sistema  
dudar de Dios, creyendo en sus hechuras,  
jamás le atormentaba el gran problema  
de que hay un Criador, si hay criaturas.

Sienta el Doctor, por única certeza,  
que el hecho es la razón de las razones;  
y á abrigar ilusiones  
le llama tener aire en la cabeza;  
y, juzgándose un sabio muy profundo,  
con sonrisa altanera,  
como todos los fatuos de este mundo,  
él se alaba, y no poco,  
de no tener un átomo siquiera  
de poeta, de músico ni loco;  
y como es tan astuto, el matasanos  
todo el arte de Hipócrates lo encierra  
en jurar por los ídolos paganos  
que, exceptuando en los trances de la guerra,  
para llegar la muerte á los humanos,  
no tiene más caminos en la tierra  
que el frío y la humedad de los pantanos.  
Y por eso á la niña, á la que quiere  
con sin igual ternura,  
seguro de que el hombre sólo muere  
cuando el desorden hiere  
de los sentidos la exterior corteza,  
le dice, sonriendo, de esta suerte:  
—De la callada Parca el paso quedo  
no vendrá á sorprenderte;  
no tengas, hija mía, ningún miedo;  
yo sé por dónde ha de venir la muerte.—

## III

Como nunca ha llenado su cabeza  
la ilusión de un amante desvarío,  
no conoce del padre la agudeza

que, así como la gran naturaleza,  
tiene horror el espíritu al vacío;  
y aunque ve que en la edad de los amores  
Eugenia sólo busca con anhelo  
los pájaros, las luces y las flores,  
lo que recuerda y lo que lleva al cielo,  
con mengua del honor de los doctores,  
no advierte el sabio Prieto  
que la niña se entrega  
á penas y á alegrías sin objeto.  
Mas ¿de estas impacencias el secreto  
cuál puede ser? La pubertad que llega.  
Y es que, al lucir la nítida alborada  
del sol de la existencia,  
celebran los sentidos la llegada  
de cosas que aun ignora la inocencia;  
pues á este sol, con poderoso anhelo,  
llenando lo visible y lo invisible,  
circula ardiente de la tierra al cielo  
la savia de un amor irresistible;  
y, siendo ésta la clave  
de su feliz tormento,  
ya de Eugenia el divino pensamiento  
desea alguna cosa; y ¿cuál? No sabe.  
Sólo ve que pensando y más pensando,  
ya en ser su pensamiento convertido,  
sale al fin de su cuerpo adormecido  
la mariposa del amor volando.

## IV

Y ¿qué ser ha inspirado  
el fuego que de Eugenia el pecho inflama?  
Lo ignoró. Algún ensueño acariciado.  
Mas que en el ser amado,  
la causa del amor está en el que ama.

## X

Siente Eugenia impacencias sin objeto;  
mas no quiere estudiar el doctor Prieto  
el gran misterio que su pecho encierra,  
pues, como hombre discreto,  
cree que toda mujer tiene un secreto  
que nada importa al cielo ni á la tierra.  
Y no ve que, en su estado visionario,  
Eugenia, en la región del firmamento,  
da citas en un parque imaginario



á un novio que creó su pensamiento.  
 ¿Quién detener podría la corriente  
 de ideas hechiceras  
 que brotan en la frente  
 de una mujer que en su exaltada mente  
 conduce diez legiones de quimeras?  
 Hay seres en amar de tal constancia  
 y de alma tan ardiente y abstraída,  
 que sacan de sí propios la substancia  
 con que tejen la tela de su vida.  
 Así Eugenia, soñando y más soñando,  
 de hablar tanto con ellas  
 fué creando, creando  
 un lenguaje especial con las estrellas;  
 y de mirar la joven extasiada  
 á la celeste esfera,  
 como era de esperar, quedó extenuada...  
 mas la niña hechicera,  
 por su padre adorada,  
 ¿qué tiene enfermo? nada:  
 el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!

## VI

Siendo el Doctor de lo ideal ateo,  
 de su ciencia seguro,  
 no cree, como yo creo,  
 que un amor en estado de deseo  
 es tanto más vivaz cuanto es más puro;  
 y, en cambio, si veía  
 que alguna hermosa joven se moría  
 por tomar en las noches el rocío,  
 —Abrígate,— á su hija le decía,—  
 que ayer mató á una niña un aire frío;—  
 y, con ansias de padre verdaderas,  
 ponía el algodón de sus cuidados  
 en todas las rendijas y vidrieras,  
 arriba, abajo, enfrente y á los lados;  
 y con tan nimio esmero  
 todo frío exterior interceptaba,  
 que en el cuarto de Eugenia, cuando helaba,  
 podría cocer pan un panadero;  
 y, cual siempre, pagado  
 de su feliz agüero,  
 le decía á su hija, confiado:  
 —No tengo ningún miedo de perderte;  
 tú fía en mi cuidado,  
 qué sé por dónde ha de venir la muerte.—

## VII

Mas lo triste es que un día,  
 nuestra Eugeniã del sueño en que dormía  
 inquieta despertó de tal manera,  
 que su alma empezó á amar como debía  
 y su cuerpo á sentir como lo que era.  
 Y Eugeniã sin amante, ¿á quién amaba?  
 Al amor ¡qué sé yo! misterios de ellas.  
 El caso es que aquel tipo que adoraba,  
 ¡oh fuerza de los sueños! habitaba  
 muy cerca... más allá de las estrellas.  
 Y es natural: un alma, cuando es pura  
 y vive en un estado visionario,  
 como no tiene objeto su ternura  
 lo aplica ¿á quién? á un ser imaginario.  
 Lo cual prueba, lectores,  
 que, gracias á esos púdicos amores  
 para eterno consuelo,  
 mientras haya mujeres y dolores  
 será en la tierra una esperanza el cielo.

## VIII

Pero, á su ciencia natural atento,  
 ni aun viendo cómo mata el sentimiento,  
 nuestro Galeno advierte  
 que alguna vez puede llegar la muerte  
 envuelta en un amante pensamiento.  
 Y como es una fruta la experiencia  
 que, ó está sin madurar, ó está podrida,  
 apelando el Doctor á su conciencia,  
 recuerda que en la edad de los placeres  
 se murieron por él muchas mujeres,  
 que vivieron después toda su vida;  
 y aunque no se creía  
 ni músico, ni loco, ni poeta,  
 como él amaba un poco todavía  
 á una enorme coqueta,  
 especie de animal de sangre fría,  
 y al deducir, por la doctrina impura  
 de sus principios de malicia llenos,  
 que muchos platonismos de ternura  
 no acaban en Platón, ni mucho menos,  
 por si causar podría  
 de Eugenia los pesares,  
 á un primo, casi lelo, que tenía  
 le desterró el Doctor de sus hogares;



pues con ser tan notorio, no sabía  
que inspira todo primo una gran llama,  
ó, como éste de Eugenia, un gran desprecio;  
y que un primo es un dios cuando se le ama;  
pero un primo no amado es siempre un necio.

## IX

Y sin darse un momento de reposo,  
unas veces honrosas y otras viles,  
el Doctor, como un viejo receloso,  
tomaba precauciones infantiles.  
Y como ya es sabido  
que un padre es aún más tonto que un marido,  
con general sorpresa  
le echó un traje á una estatua de un Cupido  
que estaba sin vestir sobre una mesa;  
y les dió libertad á dos jilgueros,  
por si de ella los ojos hechiceros  
ya deleites secretos presagiaban  
al mirar en los ratos placenteros,  
el por qué, cómo y cuándo se besaban.  
Inútil precaución que iba agrandando  
de Eugenia los fantásticos amores;  
pues, conforme á sus ojos soñadores,  
se iba el espacio de su amor cerrando,  
su puro corazón fué desplegando  
inmensas perspectivas interiores.  
Así es que, amando con leal vehemencia  
la dulce creación de su existencia,  
la hermosa Eugenia hacia la muerte avanza  
con un amor igual á su esperanza,  
y una constancia igual á su paciencia.

## X

¿Y el Doctor? con un juicio algo tardío,  
pensando un día, por su buena suerte,  
que es un error tan necio como impío  
el que son siempre la humedad y el frío  
las anchas carreteras de la muerte,  
—¿Por qué esta niña,—el triste se decía,—  
con cara de sonámbula risueña,  
ayer y hoy, por la noche y por el día,  
esté despierta ó duerma, siempre sueña?  
¿Por qué en labios tan bellos,  
sin dejar de ser puros,  
ya parece que en ellos  
palpitan á granel besos futuros?—

¡Desdichado Doctor! ¡Siendo tan diestro,  
y teniendo además tanta experiencia,  
no sabe que el querer es una ciencia  
que todos aprendemos sin maestro;  
y que al cerrar con diligencia vana  
por la noche la puerta á los amores,  
entran por la ventana  
enjambres de fantasmas seductores  
que dispersa la luz de la mañana!

## XI

Mas cuando, al fin, con ansia verdadera  
nota el Doctor cuán presto  
lleva á Eugenia hacia un término funesto  
la casta consunción de una quimera,  
ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza  
que es la niña adorable  
una enferma incurable  
del santo malestar de la esperanza.  
¡Morir de amor! ¡Oh encantadores seres,  
fuentes de bien, refugios de consuelo!  
¡Los ángeles amasan en el cielo  
la pasta con que se hacen las mujeres!

## XII

Así hacia un fin cercano  
corría con el aire más risueño  
la que en las nubes dió su blanca mano  
á un cierto prometido de un ensueño.  
Y entretanto que Eugenia se moría,  
nuestro Doctor ¿qué hacía?  
Disparatar el pobre como un loco;  
por lo cual no veía  
que la muerte venía poco á poco;  
¿por dónde? No lo sé; pero venía.  
¡Siempre fué así: yo sé por mis lecciones,  
de realidad y de experiencia llenas,  
que, mejor que las penas,  
matan las ilusiones,  
pues he visto á docenas,  
ó más bien, á docenas de millones,  
lindas cabezas rubias y morenas  
morir de apoplejía de visiones!

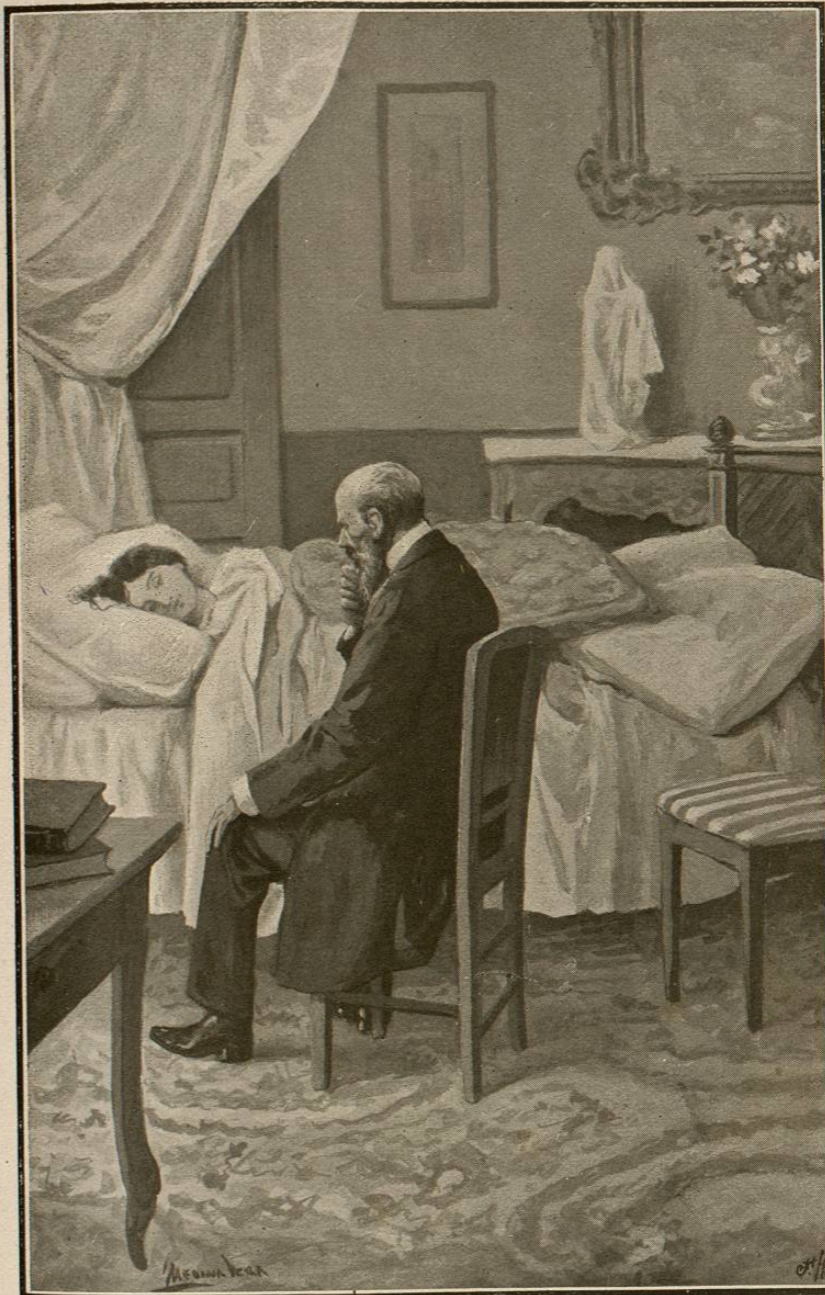


## XIII

Y una vez que en la faz desencajada  
de Eugenia moribunda  
el candor hizo franca la mirada,  
así como el amor la hizo profunda,  
y cuando ya entreabiertos se teñían  
de azul los labios rojos,  
y muriendo, parece que tenían  
doble vida las niñas de sus ojos,  
convencido el Doctor de su torpeza,  
parecía, mirándola afligido,  
un náufrago que saca la cabeza  
desde el fondo del mar donde ha caído.

## XIV

Y cuando ya el Doctor no está seguro  
si es la niña á quien vela  
un espíritu puro  
que pronto va á volar, si ya no vuela,  
á Eugenia una mañana contemplando  
con la pasión más tierna,  
vió que se iba en sus ojos condensando  
la negra sombra de la noche eterna;  
y ante ella sus errores abjurando,  
lo mismo que á la imagen de una santa,  
le dió un beso en la frente de rodillas,  
dos en los ojos, dos en las mejillas,  
y otro y otro, hasta diez, en la garganta.  
Y en el instante mismo en que, embebida,  
á una cadena de ángeles asida,  
Eugenia con el aire más risueño,  
ya iba á seguir los sueños de su vida  
á las mansiones del eterno sueño,  
el Doctor, tristemente,  
con la voz de una tórtola que gime,  
le decía á la niña, en cuya frente  
dejó la muerte un estupor sublime:  
—¡Ten, por Dios! ¡ten, por Dios, ídolo mío,  
quieta la mente, el corazón en calma!  
No matan sólo la humedad y el frío;  
¡viene también la muerte por el alma!



POR DÓNDE VIENE LA MUERTE

Convencido el Doctor de su torpeza,  
parecía, mirándola afligido,  
un náufrago que saca la cabeza  
desde el fondo del mar donde ha caído.